

Generalidades del ocio

Saúl Antonio Franco Betancur*

Alex Steven Clavijo Sepúlveda**

El interés que asiste a este escrito es el de aproximarse a reflexionar sobre el tema del Ocio, que, por su carácter, ha sido anatema en las sociedades, sobre todo en aquellas industrializadas que tradicionalmente han supervalorado el trabajo. Es entonces una manera de indagar y exponer algunas formas como aparece en distintos momentos históricos y terminar relacionándolo con un asunto que tiene que ver con el bienestar.

Hablar del Ocio y definirlo es algo complejo, tanto en el plano sincrónico, esto es, histórico - fuente del pensamiento occidental en la cultura clásica - como en el sincrético, es decir, en cómo es entendido actualmente, su modo de vivirlo. Sin embargo, pese a esta complejidad, no se puede negar que el Ocio es algo constitutivo del ser humano, algo que le es inherente; una disposición de su ser que no tiene una finalidad ni una consecuencia determinada previamente, un "hacer", esto es, una serie de acciones que no se justifican por su rentabilidad económica, por un objetivo o finalidad explícito, pero es también un ámbito de ensoñación, donde se ejerce la libertad y la creatividad.

El Ocio contribuye al acrecentamiento y desarrollo humano; es una vivencia que al decir de muchos teóricos potencia lo autotélico –"hacer", que no posee otro fin que el

* Profesor Universidad de Antioquia. Doctorando en Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, Mag. En Motricidad y Desarrollo Humano, Lic. En Educación Física. Integrante del grupo Ocio, Expresiones Motrices y Sociedad del Instituto Universitario de Educación Física. E-mail: saulfb@yahoo.es

** Estudiante Pregrado del Instituto Universitario de Educación Física de la Universidad de Antioquia

mismo-, y además es satisfactoria, pues nos habla del mundo del ser al buscar la trascendencia. Aquí el ser humano busca su autogobierno, su autodescubrimiento y el valor de vivir. El cómo se realiza este "hacer" libre y creativo del Ocio es lo que hace compleja su comprensión en cualquiera de sus planos, que más adelante se detallará, cuando se exponga como se ha dado el Ocio históricamente.

Se podría decir que al Ocio siempre se le ha conocido más por sus contrarios, por aquello que no es, o bien por aquello con lo cual se le ha confundido, por ejemplo el juego, lo lúdico, el tiempo libre, la diversión, el descanso, la holgazanería, la recreación y el placer, entre otros, desconociendo que el Ocio se hace partícipe de estos ámbitos pero no se confunde con ellos –sobre todo con el ámbito del juego y del lo lúdico. En el Ocio no se da un predominio de sólo un ámbito, esto es, no es sólo juego, fiesta, diversión o encuentro social.

Ahora bien, y por otra parte, el mismo uso de la palabra Ocio y sus correspondientes en otras lenguas también es complejo, pues no se da correspondencia entre ella y el español. Se ve en términos o palabras como "Licere" en latín, "Lazer" en portugués, "Leisure" del inglés, "Loisiere" del francés, que en general expresan un hacer espontáneo y libre, un tiempo-espacio permitido para una acción, sin ningún tipo de coacción. Estas palabras se traducen comúnmente al español como Ocio o licencia, desconociendo que estas palabras en castellano tienen un sentido negativo sobre este tipo de hacer, ya que se le asume como "Ociosidad", esto es como un hacer donde está radicalmente sin ocupación, como algo opuesto al trabajo. En la lengua española el Ocio ha significado pérdida de tiempo, holgazanería, pereza, indolencia y vagancia entre otras, que no tienen sus análogos en otros idiomas, como se anotó. Aún en su lejana correspondencia con la palabra griega "sjolé" o "skolé" que nombra lugar y tiempo destinado a la contemplación creadora, como ideal de vida cuya antítesis es el trabajo; así pues, un buen uso de este lugar y tiempo llevaba al griego a la felicidad y a la libertad.

Ahora bien, ese estado de tranquilidad, libertad y contemplación del ser humano, mediante el cual realiza acciones sin otra finalidad o razón que hacerlas y que cualifica la calidad de vida, que van desde el no hacer nada hasta la realización física del juego y las espiritualidades del arte se le llamará **Ocio**. Algunos teóricos, como Joffre Dumazedier, sostienen que el Ocio posee cuatro características:

1. Implica que el hombre queda libre de obligaciones institucionales prescritas por las formas básicas de la organización social.
2. No está motivado ni busca el lucro o finalidad lucrativa, en otras palabras, no tiene una finalidad predeterminada.
3. En él hay fuente de placer, hay un disfrute y una diversión.
4. Acrecienta y desarrolla la personalidad del ser humano.

Se ve pues que el Ocio en el ser humano satisface necesidades vitales de una manera libre, voluntaria, sin presiones y sin finalidad externa alguna, pues su finalidad es él en sí mismo. También este autor sostiene que el Ocio posee tres funciones: Descanso, diversión y desarrollo o crecimiento de la personalidad, donde se da un reconocimiento desinteresado o voluntario y una libre capacidad creadora. Estas tres funciones liberan al hombre de su aciago trabajo, permitiéndole el disfrute de sí mismo y posibilitándole a la vez una mejor participación con lo otro; otro que puede ser él mismo, el prójimo o su entorno.

Se observa en lo anteriormente dicho como se cumple la afirmación de que el Ocio se conoce en su contrario, en este caso en *el trabajo, la recreación, el tiempo libre y el no hacer nada*. Así pues el Ocio se comprende como aquel estado de inactividad que sigue al trabajo y nos prepara para seguir trabajando. Lo importante es el trabajo y el Ocio se reduce a ser solo un medio que repone las fuerzas para regresar a trabajar –se supone descanso. Aquí el Ocio re-crea y des-cansa del agotador trabajo de manera tal que al rato podemos continuar en él. En un mundo –como el nuestro- donde el trabajo está sobre dimensionado, el Ocio es sólo el combustible que permite que este hacer laboral continúe eficientemente. Actividades en el mundo moderno como leer libros, escuchar música, ir de compras a centros comerciales, pasear los fines de semana a espacios campestres a las afueras de la ciudad, practicar alguna actividad deportiva y departir con los amigos, no se realizan como fin en sí mismos sino como un mero instrumento que permite el fin supremo de poder trabajar más y hoy no se trabaja para poder disfrutar del Ocio, sino, por el contrario, se tiene Ocio para poder trabajar más y más. Al decir de Gaspar Rul-Lan Buades, Ocio no es ni re-creo ni des-canso, ni tiempo libre, ni perder el tiempo haciendo nada.

No es tiempo libre pues este concepto ya supone una división del tiempo entre el tiempo para trabajar y el tiempo libre del trabajo, volviéndose con ello a relacionar el Ocio con el trabajo, el Ocio con el negocio y, como se ha dicho, se trabaja y se está

libre de trabajo para descansar y poder seguir trabajando. El Ocio tampoco es estar sin hacer nada o perder el tiempo, pues el Ocio es un hacer, una disposición que no se mide por algo que exterior a él sino una disposición que es un fin en sí mismo. Estas comprensiones del Ocio que lo relacionan con el recreo, el descanso, el tiempo libre o no hacer nada, son formas desvirtuadas del significado esencial del Ocio, que no tienen nada que ver con la virtud del Ocio como base de la felicidad, la libertad y la creatividad.

Ahora bien, buscando una mayor comprensión sobre el fenómeno del Ocio veamos su "circularidad histórica", es decir, ser en el mundo clásico una virtud y el hombre Ocioso un ser libre y virtuoso que devendrá en el cristianismo en un vicio, en una holgazanería; como la negación del Ocio (el nec-otium), que era la condición propia de los esclavos, vino a convertirse en la única ocupación del hoy llamado hombre libre. Vemos como además en la actualidad volvemos a la concepción antigua del Ocio, un Ocio voluntario, fuente de felicidad. Muchos autores contemporáneos coinciden en que hay que formar para el Ocio e incluso se habla de un Ocio humanista, un Ocio para el desarrollo humano. Este sería el gran reto para la sociedad moderna o post moderna si se quiere: dar una *formación* para el Ocio, y finalmente exponer como el Ocio pasa a ser un bien de una minoría, de las élites, a un bien común, a un Ocio democrático.

Un Ocio que al cumplirse plenamente hace que el ser humano alcance su fin más esencial y último, que es ser feliz, al decir de Aristóteles, en su *Ética Eudemia*, o bien alcanza ese deseo natural de ser feliz: el deseo de la felicidad según Séneca. Sin embargo para cumplirse este Ocio y alcanzarse esta felicidad es condición necesaria, según estos filósofos, que la educación y la formación ayuden y encaminen al hombre a buscarlos y a encontrarlos, ya que no se sabe con propiedad que es hacer Ocio, porque se le confunde con otros "haceres" y no se sabe dónde está la felicidad o que es ser feliz.

Pero la educación tradicional y aún *la nueva*, niegan el Ocio formando sólo a favor del negocio, negando a su vez con ello la felicidad, pues el Ocio es su fuente. Pareciera que la educación fuera un enorme esfuerzo para escamotear el azar, lo inopinado, lo inesperado, lo discontinuo, esto es, el Ocio. Se enseña solamente a negar el Ocio (el nec-Otium) sin decir nada a los alumnos sobre cómo ocupar este espacio-tiempo de Ocio, olvidándose recordar que, después de todo el fundamento de toda vida feliz, o

sea, ese disfrute o acrecentamiento del ser, está en la capacidad de los seres humanos para emplear debidamente el Ocio.

Concepciones del ocio en la historia

Esa diversidad de prácticas y de valoraciones históricas que se han venido mencionando sobre el Ocio tienen su fundamentación, adecuada o inadecuadamente comprendida, en la concepción que los griegos tenían de él. Con esto no se pretende negar que en otras civilizaciones o en sociedades primitivas con economía nómada y recolectora se pudiera haber practicado Ocio, solo que se reconoce en los pensadores griegos una preocupación por este hacer, evidente en sus obras. Los griegos se ocuparon teóricamente de él. Para ellos, como se ha dicho, el Ocio es *Skholé*, que significa la ocupación propia del ser del Ocio, del ser humano libre, es estudio, formación; un *hacer*, que tiene un fin en sí mismo, un ideal de vida. En el mundo griego clásico no era un simple no hacer nada sino un hacer o disposición que hacía posible la expresión plena de las potencialidades nobles del ser humano, es decir, la contemplación de la sabiduría sin un afán utilitario, la contemplación de la bondad, la belleza y la verdad en un estado de paz y contemplación creadora. Era un espacio y tiempo para sí mismo, no sujetado al trabajo, libre de ocupaciones forzadas, dedicado sólo a la "teoría". No hay que olvidar, se debe aclarar, que en Grecia este espacio y tiempo dedicado al Ocio sólo era para algunos, la gran mayoría se dedicaba al trabajo para que esa minoría pudiera ocuparse de sí mismo. Los griegos concibieron el trabajo como una actividad servil. Su organización social era evidentemente esclavista. Finalmente para los griegos el Ocio excluía toda diversión y ejercicio físico, porque para ellos no poseía un poder formativo. Este Ocio griego en comparación con el actual sólo tiene en común la pura forma liberatoria, esto es, la envoltura de un espacio-tiempo liberado. Es una sensible cantidad de tiempo-espacio libre que las más de las veces se ocupa leyendo libros, escuchando música, asistiendo al cine o teatro, o bien dedicándose a las actividades deportivas o recreativas, que al final lastimosamente termina siendo ocupación lucrativa o una actividad competitiva.

En el Ocio romano, "otium", no se da esa drástica separación griega entre el cuerpo y el espíritu, el "otium" era el espacio-tiempo de descanso del cuerpo y recreación del espíritu, era el tiempo libre de trabajo que se daba después para retornar a las actividades cotidianas, al trabajo y al servicio público. El Ocio romano consistió, como se ve, en no trabajar.

Ocio y trabajo, "nec-otium", conforman el ser romano íntegro. El otium se convierte en un medio para la meta final que es el nec-otium. En roma se fomenta el Ocio popular a través del panem et circenses, (pan y circo), esto es, al pueblo, a la par de ganarse el pan con el sudor de su frente, se le ofrecía actividades para su diversión patrocinadas por el propio estado, verbigracia las luchas entre gladiadores en el coliseo y las carreras de carrozas de caballos, entre otras. Sin embargo el Ocio propiamente heredado de los griegos se conservaba y se practicaba en las clases pudientes y dominantes. En general en Roma no se busca el desarrollo personal en el hacer Ocio, pues en él no se da una autodeterminación o acrecentamiento del ser (Séneca).

Tras la caída del imperio romano se inicia una lenta desaprobación y condena del Ocio, como contemplación en sí misma, como acrecentamiento y perfeccionamiento del ser, como autodeterminación por la cual se alcanza la felicidad, se consolida una ética del culto al trabajo persistentemente. Con el advenimiento del cristianismo se marca una nueva relación entre el trabajo y el Ocio. Para ellos el Ocio, esa contemplación en sí misma, se convierte en un mero instrumento para alcanzar a Dios. El Ocio ya no es como en el mundo griego que al mirar la naturaleza se embargaba de su belleza, sino que ahora bajo la influencia del cristianismo, en la mirada sobre la naturaleza se admiraba su belleza como creación divina de Dios.

El trabajo también cambió de sentido. Pasó de ser una actividad vacía y despreciada en la antigüedad, una actividad de servidumbre y de esclavos, a convertirse en algo positivo y deseado. Así pues, el trabajo es a la vez participación en la actividad creadora de Dios y actividad desagradable y dura que redime de los pecados. Con esto el trabajo empieza a ser tan importante como el Ocio, ya que empieza a tener un valor en sí mismo.

Ahora bien, el Ocio, entendido como la contemplación de la acción creadora de Dios, se consolida en el siglo IV de nuestra era con la aparición de la vida monástica (monos = solo, ais: lado, separado, apartado), una vida que se consideraba muy elevada y superior. Es por ello que en esta época muchos hombres se retiraban a la soledad, abandonando toda actividad y apartándose, alejándose del bullicio de las ciudades se retiraban a lugares solitarios para entregarse a una vida de oración y penitencia, satisfaciendo sus demandas básicas por medio de la mendicidad. En un principio esta Ociosidad divina fue una actividad solitaria hasta la aparición de las primeras comunidades cenobiales, esto es, un grupo de eremitas o ermitaños dedicados a la

contemplación divina que los obligó a dedicar parte de su tiempo al trabajo, labor agrícola, para garantizar la sobrevivencia de la comunidad. Ahora lo fundamental es "ora et labora", reza y trabaja o, como dice Gaspar Rul-Lan Buades, dedicarse al Ocio de la oración y al nec-otium del trabajo.

Sin embargo, en los monasterios el Ocio contemplativo divino es lo más fundamental. El día se dividía en horas de oración y trabajo, y paradójicamente el trabajo era un poco de descanso de las horas de oración que era lo más importante. Además en estos monasterios se daba igualmente la jerarquización que se dio en Grecia y Roma. Esto es, había unos monjes dedicados al Ocio divino y los trabajos intelectuales y otros al trabajo en general que permitía que los primeros pudieran entregarse a sus actividades de Ocio sin preocupación material alguna. En esta época, edad media, el trabajo, como se ha señalado, continúa estando en un segundo plano. Su exaltación la alcanzará como el advenimiento del Renacimiento y la reforma protestante. Como dice bellamente Gaspar Rul-Lan Buades, el Renacimiento se define como el tránsito de la contemplación (Ocio) a la curiosidad.

El hombre de esta época es ante todo humanista, que ha descubierto su dignidad, su fuerza e inteligencia, se ha descubierto a sí mismo; ahora no se regocija con el mero sentimiento de asombro ante la salida u ocaso del sol o con el brotar de una flor o una larga tarde lluviosa, puesto que quiere saber el por qué de estas cosas, quiere descubrir las leyes que regulan el movimiento de los astros, quiere aún más dominar la naturaleza y ponerla a su servicio: la explotación del hombre por el hombre. Genios como Galileo, Copérnico, Klepper, Newton, Descartes, Leibniz, no se contentaban con la contemplación de la naturaleza del universo sino que querían develar sus más íntimos secretos (la teoría heliocéntrica, la caída de los cuerpos y la anatomía humana entre otros). La naturaleza ya no se contempla sino que se la mira y se la examina para poderla dominar con el trabajo. El trabajo y el negocio desplazan lentamente al Ocio; será con la llegada del protestantismo o reforma que tal desplazamiento se hará más evidente y contundente pues, como se sabe, el protestantismo es una exaltación del trabajo.

Anteriormente, el cristianismo se vivía de dos modos o maneras: una que se daba dentro de los muros de los conventos o monasterios, que era una vida de contemplación y perfección -de Ocio-; otra era la vida fuera de esos muros, que era de trabajo -la vida ordinaria. Los primeros seguían los consejos evangélicos y los últimos

los preceptos. Los protestantes rechazaron esta manera de concebir la vida, para ellos había una sola forma de santificación a la que estaban llamados por igual todos los cristianos, y esta era el perfecto cumplimiento de los deberes que a cada cual impone la posición que ocupa en la vida, y que, por lo tanto, se convierte para él en "profesión", en un llamado o vocación. Con esto desaparece la distinción entre contemplación y acción, entre Ocio y negocio.

La noción de predestinación fue un elemento importante para los protestantes sobrevalorar el trabajo, en detrimento del Ocio. Para los reformistas el número de elegidos para salvarse ya estaba determinado desde la eternidad, por lo tanto, la gran angustia del cristiano era si él se contaba entre esos elegidos. La prueba de serlo lo encontró en el buen ejercicio de su profesión. Así pues, el éxito en los negocios se convierte en signo seguro de predestinación. Dios bendice a los suyos dándoles éxito en su trabajo. Por lo tanto como nos dice Rul-Lan Buades, cuanto más trabajas, más ricos te hacías, y cuanto más rico te hacías más clara era la señal de que Dios te amaba y te había elegido. Mientras que el católico se la pasaba pensando en el más allá, asumiendo este mundo como un lugar incómodo, ya sea a través de la contemplación para llegar a Dios o bien a través del trabajo para purgar sus pecados, los protestantes asumían el mundo como la realización de la predestinación divina a través del trabajo. Para ellos, lo que antes era despreciable, el negocio, o el trabajo, se convirtió en el máximo valor moral y lo que antes era exaltado –el Ocio- se convirtió en el gran pecado. Como rezan los calvinistas: "Dios nos ha creado para trabajar y es por el trabajo que Dios es honrado y glorificado". O bien "Ten en gran estima el tiempo y asegúrate que no pierdes nada de tu tiempo. Lucha contra la tentación de perder el tiempo (estar Ocioso) con recreo, fiestas, charlas, vida social, incluso dedicar al sueño más tiempo del absolutamente necesario". El tiempo se vuelve oro, puesto que toda hora perdida es una hora que se roba al trabajo, que es lo único que da gloria a Dios. El trabajo duro y continuado es el mejor remedio contra toda tentación. Para ellos "no se trabaja porque se vive, sino que se vive por el trabajo, y cuando no se trabaja se pertenece o se duerme.

Como se ve el Ocio y todo lo que este implica, era aceptado sólo si servía para reponer las fuerzas, para poder seguir trabajando. Pero era reprobado si se le buscaba adrede, esto es, por el puro goce de hacerlo. Como dice Max Weber en "*La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Pág. 88-99)" esta filosofía mataba todo posible goce vital y convertía al ser humano en una máquina de hacer dinero a la mayor gloria de Dios.

Dinero que se alcanzaba, no podía utilizarse para nada que no fuese a cubrir las necesidades básicas de los seres humanos y el resto para invertirlo, para hacer más dinero. El individuo se reduce a invertir todas sus energías al trabajo para hacer dinero viviendo al mismo tiempo una vida austera; "trabajad y haceos ricos", es la voluntad del Dios de los protestantes. Como también "el tiempo es oro", ya que este sólo sirve para hacer negocios y acumular más oro para hacer más negocios.

Ahora bien, una reacción frente a esta sobrevaloración del negocio y el trabajo en detrimento del Ocio, fomentado desde el Renacimiento y el protestantismo hasta nuestros días, se ha dado por las utopías, igualmente manifiestas desde el Renacimiento hasta el siglo XX, que va desde "la utopía" de Tomás Moro hasta "un mundo feliz" de Aldous Huxley. Utopías que buscaban más que una confrontación entre Ocio y trabajo, una racionalización de este último en beneficio del Ocio.

Tomás Moro publicó en 1516 el primer libro de su obra en la que describe un país llamado Utopía, donde sus habitantes dividían el día en veinticuatro horas y las horas asignadas al trabajo eran seis. El tiempo disponible entre las horas de trabajo, de sueño y comida, el ser humano lo podía distribuir sin ningún condicionamiento a lo que más desee y aprovecharlo en cualquier otro quehacer que le plazca y que lo conduzca a la libertad, al cultivo de la inteligencia, esto es, dedicarse a las letras, la música, la conversación y juegos instructivos. Como se ve, Tomás Moro no desprecia el Ocio ni sobredimensiona el negocio o trabajo, para él, si todo el mundo trabajase bien, se necesitarían pocas horas de trabajo para satisfacer las necesidades del buen vivir de todos los ciudadanos, y dejando además para todos mucho tiempo para el Ocio. Por principio el trabajo es igual para todos, para los que pueden disfrutar del Ocio que es lo verdaderamente importante.

En los siglos venideros, después de Tomás Moro, se expondrán muchas utopías donde se reacciona contra la cultura del trabajo y se aspira a una vida en la que quepa el Ocio. Entre ellas tenemos: "La citta Felice" de Parrizi (1553), "Christianopolis" de J.V Andrae (1619), "La nueva Atlántida" de F. Bacon (1626), "La ciudad del Sol" de Tomasso Campanella (1623), obras donde el trabajo se ha racionalizado y corporativizado de tal manera que han dado lugar al ser humano la disponibilidad de tiempo para dedicarse al Ocio. En otras obras utópicas se exalta además el mito del buen salvaje y la vida sencilla, como "Telemaque" de Fenelón o en las obras de Rousseau o el "Walden" de Thoureau o el "Mundo Feliz" de Charles Fourier.

Finalmente, la Utopía de Freiland de Hertzka (1890), que habla de un paraíso perdido en Africa Oriental, donde se conjugan capitalismo y socialismo. En esta misma línea se puede ubicar a "Walden dos" de Skinner (1948) que habla de una comunidad autosuficiente donde sólo se trabaja cuatro horas diarias, el resto de horas podían ser dedicadas a la creación, al desarrollo personal e intelectual. Hay además otras utopías donde el Ocio se genera o se da por proliferación de la máquina o la tecnología como en el "News from Nowhere" de W. Morris (1890), donde se describe una sociedad en que las máquinas se ocupan de los trabajos pesados, dejando el hombre suficiente tiempo y espacio para dedicarse a actividades creadoras y artesanales. "El viaje por Icaria" de Etienne Cabet, en cuya ciudad ideal las máquinas se multiplican sin limitación y ejecutan todos los trabajos peligrosos, insolubles, indeseados y repugnantes; los hombres aquí trabajan seis horas. Finalmente no se debe olvidar en esta larga lista de utopías, textos que aunque muestren su fracaso exponen un ideal futuro de sociedad armoniosa. Un ejemplo de esto es "Un mundo Feliz" de A. Huxley.

Para terminar esta lista de utópicos, que aún podría ser más larga, no se puede olvidar "El derecho a la pereza" de Paul Lafargue (1883) que contiene una crítica feroz a la cultura del trabajo. "Una extraña posición invade", dice Lafargue, "a la clase obrera de los países en que reina la civilización capitalista (...) Esa pasión es el amor al trabajo, furibundo frenesí del trabajo, llevado hasta el de las fuerzas vitales del individuo y de su progenitura" (Pág. 35). Además dice del siglo XIX: "... Nuestro siglo es el siglo del trabajo, es decir, es el siglo del dolor, de la miseria y la corrupción" (Pág. 36). Para Lafargue esta glorificación del trabajo iniciada sistemáticamente por los pensadores de la ilustración, tuvo como consecuencia la transformación de toda la sociedad en una sociedad de trabajo, de la que quedaban excluidos como contraproducentes los deseos, los sentimientos y las actividades no productivas. Así pues, sólo el que trabajando por un salario produce algo para vender es valorado en la sociedad. De ahí el desprecio a las horas domésticas de la mujer o a los trabajos voluntarios no remunerados. Como se ve, no es propiamente al trabajo lo que ataca Lafargue, sino a la glorificación generalizada de la actividad productiva, pues como el mismo dice: "El fin de la revolución es (...) trabajar lo menos posible y disfrutar intelectual y físicamente lo más posible. Al día siguiente de la revolución habrá que pensar en divertirse", pensar en el Ocio. Por último no hay que olvidar los movimientos emancipadores de la acogida de los 60 y principio de los 70 den el siglo XX.

No hay que engañarse con estas utopías, pues algunas no lo son tanto; ellas no se reducen a ser sólo un sueño que algunas veces se escribe, pocas veces se diseña y casi nunca se construye, puesto que muchas de las propuestas utópicas que se han mencionado se han realizado en la actualidad. Vemos como la máquina va realizando cada vez más el trabajo de los hombres, la jornada laboral se va reduciendo y las seis horas de trabajo diarias de la "utopía" de Moro o la "Icaria" de Cabet, ya son una realidad en los países post-industrializados. Si con el renacimiento, la reforma protestante, la ilustración y la Revolución Industrial se llega al paroxismo del trabajo, sustituyendo completamente el Ocio por el negocio, en la nueva sociedad post-industrial se tendrá que abandonar otra vez el negocio para volver al Ocio. Pero no un Ocio querido que permita el desarrollo completo del ser humano y nada tiene que ver con el trabajo productivo asalariado, sino un Ocio forzado, producto de una cultura del trabajo que está en crisis porque, como se sabe, todo el mundo quiere trabajar y no hay trabajo para todos. Muchos no trabajan, otros alternan periodos de trabajo y desempleo, en algunos países la edad mínima de trabajo va subiendo y la edad de jubilación bajando –caso de algunos países Europeos- donde ya dos tercios de la población son pasivas: o bien se estudia o bien se han jubilado. En Colombia, por ejemplo, la edad de inicio de trabajo va decreciendo, bajando y la de jubilación aumentando. En la modernidad, el predominio de los valores utilitarios y económicos y la visión del trabajo comprendida exclusivamente como la capacidad del hombre de dominio de negocio, dio paso a todo lo negativo que puede tener el Ocio: pereza, inactividad, esterilidad, que reduce al Ocio a ser un sucedáneo del trabajo: descanso y reparación de las fuerzas. En el siglo XX, sobre todo después de la segunda guerra mundial, se produce un cambio significativo a este respecto, se da una disminución muy sensible del tiempo de trabajo necesario para cubrir las necesidades materiales, con el consiguiente aumento del tiempo libre y con la certeza de que en el futuro se continuará en este proceso, esto es, disminuirá el tiempo de trabajo y aumentará el tiempo libre. Lo que ha llevado a que el Ocio empiece a recuperar sus aspectos positivos, se vea en él potenciales valores personales y se fomente además su "utilización" creadora y formativa, volviéndose con ello a la concepción clásica del otro. Tal situación social ha permitido que sociólogos, filósofos, antropólogos, educadores físicos, historiadores, sicólogos, arquitectos, entre otros, se ocupen del Ocio de una manera más seria, teórica y sistemática, y que el tema disfrute hoy de mayor aceptación y difusión. Retomemos, a manera de ejercicio, por ejemplo, lo que expresa el sociólogo Jufre Dumazedier (1964: 29) quien lo define como "el conjunto de

operaciones a las que el individuo puede dedicarse voluntariamente, sea para descansar o divertirse, o para desarrollar información o formación desinteresada, su voluntaria participación social o libre capacidad creadora, cuando se ha liberado de sus obligaciones profesionales, familiares y sociales". Definición de donde se pueden destacar los siguientes aspectos:

- Que el Ocio es una actividad que puede estar constituida por todas las múltiples ocupaciones humanas.
- Que se trata de un ejercicio de actividades libre en dos sentidos:
 1. Porque se ejerce en un lugar llamado tiempo libre que le queda al individuo después del cumplimiento de sus obligaciones familiares, sociales, laborales o de otra índole.
 2. Es esencial que se trate de unas actividades libremente elegida.

De lo anterior no se debe inferir que toda ocupación no obligatoria y realizada en tiempo libre sea Ocio. Para serlo han de promover la distensión, la satisfacción y el gozo del individuo (descanso, diversión), su desarrollo e ilustración, formación e información, su capacidad creadora o su convivencia social (fiestas públicas, reuniones de sociedad, y asistencia a clubes entre otros). Para todos estos teóricos, las actividades realizadas durante el tiempo libre que no se orienten a alguna de estas finalidades u otras similares no se pueden considerar como Ocio.

Para Rul-Lan Buades, es muy evidente que cada vez se trabaja menos y que el desempleo actual es un problema estructural producido por la contradicción de querer al mismo tiempo aumentar la productividad automatizando el proceso productivo lo que destruye puestos de trabajo y querer a la vez aumentar hasta el infinito un consumo para el cual se necesita crear más puestos de trabajo remunerados. El problema del desempleo, dice el autor, no tiene solución en la manera como los gobiernos lo enfocan, pues se ofrecen soluciones desde hace un siglo a situaciones completamente nuevas. Todos los gobiernos y todos los partidos actuales, prometen, como si estuvieran en la revolución industrial del siglo XIX, la creación de nuevos puestos de trabajo. Esto no es posible, pues por cada puesto de trabajo que crean los gobiernos, las nuevas máquinas de trabajar destruirán dos, tres o más puestos. Se debe reconocer que en la actualidad el trabajo es un bien escaso y la única solución está en una mejor distribución de este bien, de manera que se trabaje menos para que

todos puedan trabajar. Así pues, en el futuro se avecina una reducción del negocio a favor del Ocio.

Como se ha dicho, se ha dado la vuelta completa, se ha regresado al Ocio antiguo. Pero a un Ocio que tendrá esta peculiaridad: no será un Ocio a costa de otros. Recuérdense que Aristóteles justificaba la esclavitud porque los sabios Ociosos no podían perder el tiempo trabajando, por lo tanto tenía que haber algunos hombres que solo trabajasen para que otros pudiesen darse la vida de Ocio. En una nueva sociedad todos tendrán que trabajar para que puedan disfrutar del Ocio. No será un Ocio de ostentación y búsqueda de prestigio social sino un Ocio creativo que ayude al desarrollo del ser humano. Será un Ocio querido, deseado, apetecido y no un Ocio programado por otros como el prostituido Ocio de la llamada industria del Ocio que lo comercializa. Basta recordar los paquetes ofrecidos por las empresas de turismo a diferentes partes del país, con recreacionistas a bordo, las ya muy conocidas vacaciones recreativas de mediados y final de año, por no hablar de los conciertos, exposiciones, conferencias y paseos que los gobiernos de turno organizan con cierta regularidad. Se ofrece una gran variedad de actividades académicas, culturales, recreativas, deportivas en las que no hay discriminación de edad ni clase social en las cuales se pueda invertir el Ocio o mejor ocupar el tiempo libre. Un Ocio que paradójicamente no es un "no hacer nada", sino un constante hacer algo. Un Ocio que es una extensión del trabajo o que gravita en relación a él, no favoreciendo ese feliz estado de no hacer nada. Lo que se persigue aquí es que las personas ocupen ese tiempo y espacio que el trabajo o estudio les ha dejado libres, para que su vida no se vuelva pesada, rutinaria e inútil. El Ocio no sería creativo, sino re-creativo, no sería productivo sino re-productivo. Lo que hay aquí es una propensión al divertimento, más que al Ocio.

Otra forma de degradación del Ocio por este mismo estilo, son: el auge de las enciclopedias que poca gente lee, los libros de autoayuda personal o ejercicios espirituales, la proliferación de compra de libros donde importa más tener que leer, igualmente con la adquisición e interés en las obras de arte, donde importa más la decoración y ocupación de espacios que su misma comprensión. La oferta de innumerables cursos de actividades manuales (marquetería, bricolaje, talla en madera, vaciados en yeso, la técnica del vitral, entre otros), que elaborados en "serio", pueden convertirse en otra fuente de ingresos o en otro negocio.

Ahora bien, este Ocio apetecido, querido y deseado, no será un puro Ocio a la manera de los antiguos, ni un puro negocio a la manera moderna, sino una extraña combinación de los dos porque no se plantearía ninguna contradicción entre ellos.

¿Cuánto dinero se necesita para disfrutar del Ocio y vivir felices? La pregunta se hace insostenible frente a esta nueva relación entre el Ocio, el trabajo y el negocio. Porque como dice Buades la noción de tener dinero o riqueza, varía históricamente. En general ser rico es poseer en mayor abundancia que los otros, aquello que todos desean. Lo que se desea igualmente ha cambiado con el tiempo, cambiando la noción de riqueza. En un principio era rico aquel que poseía poderes sobrenaturales: los hechiceros, chamanes, sacerdotes; luego la riqueza y el prestigio se puso en la capacidad y en la fuerza para la caza y la guerra; en Grecia el rico era filósofo; después la riqueza se radicó en la posesión de títulos nobiliarios; más tarde en la posesión de dinero en todas sus formas. Sin embargo propone Buades que hay que empezar a pensar que el verdaderamente rico es el que posee más libertad, más independencia, más Ocio aunque tenga menos dinero puesto que al identificar la riqueza con la posesión de dinero y la capacidad de consumo se la identifica con la dependencia y esto va en contra con lo que se suele decir que la verdadera riqueza está en la no dependencia de otros. No hay ser humano más rico que aquel que puede ir al trabajo en bicicleta y no requiere ni transporte público ni automóvil, ni la onerosa gasolina, cuyo precio aumenta cada mes; es rico porque tiene un pequeño terreno del que saca lo suficiente para cubrir sus necesidades sin depender de otros para ello. Raoul Vaneigem en "Elogio de la pereza refinada" cuenta la historia de un banquero realmente "rico" que repentinamente se encuentra arruinado, abandonado de todos, cubierto de oprobio, que se recoge en un rincón del campo y allí cultiva un pequeño viñedo. Allí un potaje, algunos pollos y la amistad de sus vecinos le bastan para cubrir sus necesidades. Allí hace extraños descubrimientos, una puesta de sol, el destello de la luz entre los árboles, los senderos en el bosque que no conducen a ninguna parte, el gusto del pan amasado y cocido por el mismo, la ensoñación de la tierra a la hora del rocío o del sereno. Es un hombre verdaderamente rico porque ha descubierto esa existencia basada en ignorarse que le ha dado un lugar en el universo. Una existencia que sólo puede darla el Ocio y que él sólo tiene que saber ocuparla sin la sensación degradante de culpabilidad que pervierte el Ocio y que impide que se alcance en él un estado de gracia y de inteligencia.

El hombre rico es pues el que se mantiene independiente frente a la publicidad de la sociedad de consumo. Un hombre dedicado al Ocio en todas sus manifestaciones, esto es, a la libertad, a la independencia, la paz y la tranquilidad, que son signos de riqueza y aspectos fundamentales del buen vivir. Este hombre que ha alcanzado una buena calidad de vida no es aquel que puede cubrir todas sus necesidades, sino el que tiene solo aquellas necesidades que puede cubrir. Para Buades la posibilidad que emerja este tipo de hombre supone una verdadera revolución cultural que cree una actitud espiritual que valore de manera consciente la independencia, la autonomía y que considere el Ocio como algo preferible a la acumulación de riquezas. Para ello hay que cuestionar y rechazar el mito o creencia heredada desde los inicios de la modernidad de que el trabajo es una virtud, que solo a través del trabajo remunerado se logra una autorrealización personal. Sin embargo el ser humano no solo se realiza plenamente por el trabajo, necesita también jugar, reír, leer y a veces estar solo, escuchar música, departir con los amigos o pensar solamente. Quehaceres de esos requieren de un soporte que es el Ocio.

Actualmente las personas no saben qué hacer cuando no están trabajando, olvidando que hay cosas maravillosas por hacer, ver y experimentar. Ellos son seres fuertes y felices mientras trabajan por un salario; pero en el momento que paran de trabajar, como por ejemplo en el caso de los jubilados, se vienen abajo, porque no saben qué hacer, no han aprendido nada más que el oficio de trabajar y trabajar, nunca han sido educados para el Ocio. No han trabajado para vivir sino que han vivido para trabajar, y una vez les ha faltado el trabajo, la vida ha perdido todo su sentido. El trabajo asalariado es el que da "sentido", "confianza", "seguridad" y "estabilidad" a sus vidas. En una nueva sociedad, como se ha dicho, habría que trabajar menos para tener más Ocio y para que todos puedan trabajar. Para ello es necesario reducir la jornada laboral que trae como consecuencia el mejoramiento de las posibilidades de descanso y esparcimiento y favoreciendo con ello la salud física y mental, la satisfacción personal y el bienestar de los trabajadores, incluso en su trabajo. El aumento de un tiempo y un espacio para el Ocio trae por consiguiente un fomento de la participación de los trabajadores en la vida familiar, en las actividades recreativas, educativas y culturales. Trabajando menos se entrará de lleno en una nueva cultura, la cultura del Ocio, que es el verdadero problema de nuestro tiempo, una cultura para la cual hay que prepararse, educarse. Pero, ¿Como sería o en qué consistiría tal educación en el Ocio? A sabiendas que las escuelas y las universidades preparan para el trabajo y el negocio y pocas, por

no decir ninguna, educa para el Ocio. En ellas se enseña cosas prácticas, a resolver casos concretos, a buscar soluciones a problemas inmediatos. Para casi la gran mayoría de los sistemas educativos, el Ocio no sirve para nada. Un sistema que está encasillado en cursos, carreras, honorarios, textos y programas oficiales entre otros. La educación para el Ocio tiene como única finalidad volver a desarrollar nuestra capacidad de asombro, nuestra fascinación por el misterio.

Ahora bien, esta preocupación por el Ocio, por la educación para el Ocio, ha sido un tópico, un lugar común de muchas reflexiones en el siglo XX. A continuación se expondrá brevemente algunas de las más importantes posiciones sobre el Ocio. Como aproximación inicial continuemos con Gaspar Rul-Lan Buades, quien nos ha venido acompañando gran parte del camino hasta ahora. Buades propone que en una educación para el Ocio se tendría que cambiar radicalmente todo el sistema educativo. Cambios que suponen el buscar *nuevos objetivos*, como estudiar, no para el trabajo sino para la vida; hacer de las universidades por ejemplo, no sólo centros de formación personal sino hacerlas verdaderas escuelas, esto es, lugares de Ocio, tranquilidad, de pensamiento e investigación. Buscar *nuevos contenidos*, es decir, enseñar cosas bonitas, enseñar nuevas técnicas para producir y ganar dinero, enseñar el Ocio además del negocio. Buscar *nuevas escuelas*, donde la enseñanza no se reduce a ser impartida sólo en las aulas, ya que el hogar, el club y la asociación de vecinos, por ejemplo, pueden ser magníficos para educar en el Ocio. Buscar *nuevos misterios*, donde se valore más los conocimientos que los títulos, pues no basta con informar, también hay que formar. *Nuevos estudiantes*, donde no se daría la dicotomía de una edad para estudiar y una edad para trabajar, puesto que el estudio ha de ser una ocupación permanente para todas las personas de todas las edades pues la búsqueda de la verdad es la perfecta actividad Ociosa. *Nuevos honorarios*, en los cuales los centros docentes se adapten a los honorarios y necesidades de la gente que quiere estudiar. *Nuevos métodos*, que son buenos en la medida en que despierten la curiosidad y desarrollen el espíritu crítico. *Nuevos textos*, como los periódicos que leídos críticamente pueden ser grandes formadores en el Ocio, lo mismo sucede con la televisión, el video y el computador.

Para Buades en esta educación para el Ocio se debe aprender a *hacer*, más que a *cómo hacer* los otros. Se aprenderá a pensar por uno mismo, más que a aceptar lo que otros piensan. Para el está bien que las instituciones educativas enseñan a hacer negocios, que se aplique lo aprendido, que se negocie. Pero que se negocie no como

un fin en sí mismo sino como un medio para disfrutar el Ocio. Que se negocie en el triple objetivo:

- a. Crear suficiente riqueza para que todos puedan disfrutar del Ocio.
- b. Crear más puesto de trabajo para que todos tengan los puestos necesarios para disfrutar del Ocio.
- c. Crear más máquinas para que todos puedan reducir sus horas de trabajo y aumentar sus horas de Ocio

Finalmente es innegable que la postura de Buades cae en el ámbito de lo utópico, de lo imposible o irrealizable. Pero de eso se trata el Ocio, de vérselas con lo imposible porque de lo posible se ha hablado demasiado.

Otras posiciones contemporáneas no inscritas en el ámbito de lo utópico o romántico con un fundamento desde las ciencias sociales y humanas son aquellas postuladas como el de J. Pieper en "El Ocio y la vida intelectual", Joffre Dumazedier en "Hacia una civilización del Ocio", A. Kriekemans en "La Educación el empleo de los Ocios", Norbert Elias y Eric Dunning en "Deporte y Ocio en el proceso de la civilización", Thorstein Veblen en "Teoría de la clase Ociosa", Pablo Waichman en "Tiempo libre y recreación", De Gracia en "Temas de pedagogía del Ocio", entre otros. Los anteriores tienen en común asumir el Ocio como uno de los fenómenos más significativos de la actualidad, en asumirlo en un sentido positivo, esto es, ver en potenciales valores personales y la necesidad de promover su utilización creadora y formativa. También coinciden en comprenderlo como algo democrático y global, hoy no es un signo de distinción social.

Hoy hablamos de Ocio crítico como aquella posibilidad de tomar distancia ante las ofertas y demandas que la sociedad industrializada proponen, como la alternativa a participar en la construcción de las propuestas gozosas. El fenómeno del Ocio es mundial, afecta a los modos de vida de los seres humanos y su práctica más que generalizarse se universaliza en todas las direcciones. Otro aspecto común es ver al Ocio como la representación de la posible realización plena del sujeto como ser humano, que al ofrecerle una vivencia libre, satisfactoria y autotélica, que fomenta la creatividad, el autogobierno y autodescubrimiento, hace valorar la vida, se relaciona con el "ser" y la trascendencia. El Ocio se ve pues como la realización de actividades que de manera colectiva o individual desarrollan el potencial humano y mejoran la calidad de vida.

Desde lo individual o personal, el Ocio posibilita el autodescubrimiento y la autorrealización. En lo colectivo ayuda a que los grupos humanos lleven una vida más satisfactoria y de mayor bienestar. (Cuenca C., citado por Molina y otros, 2001: 174). Otros teóricos como Dumazeider, ven en él un conjunto de ocupaciones a las que el individuo se dedica voluntariamente, buscando en el Ocio ya sea el descanso como forma de liberación de la fatiga dada por el trabajo y el stress cotidiano; la *diversión* como lo que nos libera del aburrimiento de las actividades rutinarias y nos conduce a otra percepción distinta del mundo, a un acrecentamiento del ser y la realidad; *el desarrollo* que nos lleva al libre desenvolvimiento de la personalidad.

En general, como se ve, el Ocio se comprende como tiempo libre de trabajo, como una actividad realizada con cierto grado de libertad, como un estado mental o del ánimo, como ese conjunto de maneras de utilizar el tiempo. Sin embargo el Ocio no se reduce exclusivamente a ser una actividad, porque es algo constitutivo del ser humano.

Ahora bien, es innegable que esta preocupación moderna por el Ocio, es debido a la preponderancia que ha tenido actualmente la salud y la economía, como aspectos que rigen el mundo. Es innegable en la actualidad el aumento de la expectativa de vida a causa de los avances en la medicina; pues el ser humano hoy, no es como en el Medioevo, donde un hombre vivo era un hombre muerto con la sentencia en suspenso; ahora, gracias a los avances de la ciencia, los seres humanos podrían acudir con mayor facilidad a una información que les permita acceder a otras alternativas respecto a la salud, gracias a una cuidadosa dieta, a sistemáticos y planificados ejercicios físicos que ingresan al ser humano al "*paraíso*" de los *centenarios*. "¿Y cuál era la ocupación de Adán y Eva en el paraíso? El Ocio" (Bruckner, 2001: 64).

También es innegable la disminución de la jornada laboral, la jubilación anticipada, que hace que el Ocio tenga una presencia muy fuerte en la vida de los seres humanos. Un Ocio que se le asume de dos maneras, por una parte como *diversión* y *descanso* y por otra parte como *identidad*, *realización* y *sentido*, privilegiándose actualmente la primera aceptación, ya que no podemos imaginarnos a los ciudadanos modernos saber vivir sin televisión, deporte, cultura, viajes, música o vacaciones.

Hoy evidenciamos una urgencia compulsiva por viajar, pasear, salir al campo, ver televisión, leer y escaparse de vacaciones, que se ve sustentado en un negocio o industria del Ocio. Un Ocio que se reduce a un simple descanso o distracción. Unos

pocos genios trabajan adrede y arduamente, a la vez que engordan su cuenta bancaria con el Ocio de una gran mayoría ávida de novedades, urgida de que se le distraiga, porque por sí mismos no son capaces. A esto se le ha dado en llamar la democratización del Ocio, erigido ahora como derecho fundamental, que hace de los sujetos del Ocio menores de edad, siempre necesitando de tutores, como si para ser libre o felices, se necesitase de algún otro que indicase como hacerlo o por lo menos que les de su sabio reconocimiento.

Sin embargo, como se ha repetido, el Ocio no se reduce sólo a lo anterior. Habla también de la dimensión humana y del desarrollo personal. Es lo que los teóricos contemporáneos entienden como un Ocio humanista. Un Ocio que es inherente al ser humano, que no es finalidad ni consecuencia, sino que es un elemento esencial de las personas y la sociedad, un elemento potenciador, una forma o manera de ser, que en nada se la ve con el tiempo libre que queda después del trabajo o después de la satisfacción de las necesidades físicas, como la alimentación o el sueño. Este Ocio se reivindica independiente del trabajo, al ser ese espacio-tiempo vital y existencial que al decir de Cuenca Cabeza, tenemos derecho por el hecho de existir, una experiencia que, encauzada adecuadamente, nos reporta salud, encuentro y desarrollo (Cuenca, 1998: 10). La independencia de Ocio y trabajo no debe asumirse como oposición, pues ambos se complementan. Ambos a su manera desarrollan al ser humano como persona, son dispositivos de su transformación. Al mundo del tener que corresponde al trabajo, a la posesión, al dominio y al consumo indiscriminado, debe ir a la par el mundo del ser, que corresponde al Ocio, esto es, al conocimiento desinteresado, la reflexión, la contemplación, creatividad y apertura a la trascendencia. En el Ocio humanista, la diversión y el descanso consiste en encontrar en nosotros mismos y en nuestro entorno la fantasía, el sentido del humor que viene de la satisfacción íntima.

A este Ocio se le considera como humanista, que tiene como a su principal pionero y teórico A. Kriekemans, quien reflexiona sobre el Ocio como vivencia y educación, que nunca debe entenderse como una acción o un "hacer" de segunda categoría, ya que el ejercicio del Ocio da a la existencia la vivencia de valores relacionados con la alegría, ejerciendo con ello una función primordial en la necesidad de vivir una vida total con proyección global y armoniosa tanto consigo mismo como con el entorno. Para los teóricos del Ocio humanista, la constante deshumanización, las ansiedades existenciales y la banalidad de la existencia cotidiana, se deben a un constante consumismo del descanso comercializado y a la falta de una auténtica comprensión y

orientación del Ocio. La comercialización del placer y la manipulación de la experiencia y el tiempo son los signos de distinción de la sociedad contemporánea, una sociedad que se rehúsa a ser educada para el ejercicio de un Ocio humanista y libre, a favor de la evasión que permite la huida de sí mismo y de los demás, el cuidado de sí.

Para los teóricos del Ocio humanista, hay tres grandes modos de entender el Ocio, que a veces han conducido a una mala interpretación. El primer modo es el tiempo, que lleva a confundir el Ocio con el tiempo libre, condicionado este al tiempo que es simplemente una coordenada vital presente en cualquier acto humano. La importancia del término "tiempo libre" está en el concepto libre, que implica una experiencia de autorreconocimiento y voluntad. Así el Ocio se define como libertad de acción. Un segundo modo de comprender el Ocio es identificándolo y relacionándolo con la "actividad" o con el resultado de la realización de la misma. Lo cual hace de la vivencia o experiencia del Ocio algo objetivo, socializador y cuantitativo. Aquí se reduce el Ocio al placer de hacerlo o se espera que al hacerlo reporte como resultado placer. Este radicalismo del Ocio en la acción, desconoce el "modo de ser" o percepción del Ocio, que es el tercer modo de comprenderlo, ya que el modo de percibir dicha acción o actividad es lo que puede permitir que se transforme o no en vivencia o experiencia de Ocio. Para los humanistas del Ocio, su esencia, está en el modo de ser, esto es, al modo de sentir personal. Por ello Kriekemans define el Ocio como una recreación, es decir, "un medio para restablecer la voluntad y el valor de vivir". (Cuenca, 1998: 17). El término recreación no debe entenderse solamente como diversión, alegría o deleite, sino también como la acción de crear o producir algo nuevo que, en el caso del Ocio, es una nueva voluntad de vivir y un redescubrimiento de la vida. Así pues, el Ocio como re-creación es una experiencia profunda, ya que está basada en la vida interior y en los valores de base. Bajo este punto de vista los recursos y las posibilidades comerciales se convierten en medios y no en un fin en sí mismo. La evasión, la diversión y el descanso que se postulan desde la sociedad de consumo, frecuentemente se identifica con el egoísmo y el placer personal. Por el contrario, la vivencia de un Ocio como re-creación, como re-creador de vida en quien lo experimenta es por su esencia un Ocio compartido, una apertura hacia lo otro.

Esta concepción humanista del Ocio se sustenta en cuatro pautas: una vivencia lúdica, una liberación, un autotelismo y una formación. La vivencia lúdica relaciona el Ocio con la experiencia del juego, pues ella es un modo esencial de realización como persona del ser humano. En el juego verdadero, dice Kriekemans "nos acercamos al mundo de

un modo distinto a como lo hacemos en nuestra vida habitual. En él se atribuye al mundo una significación distinta de su realidad. Ocurre como si nos pusiéramos de acuerdo con el mundo para dale otra significación” (Cuenca, 1998: 18). Un modo distinto, o mejor, una realidad acrecentada donde el ser humano puede volver sobre sí mismo, pueden conseguir fuerzas para poder enfrentarse a las exigencias del mundo cotidiano. Esta noción de juego no debe limitarse a la infancia, sino que se debe de extender a todas las etapas de la vida humana, sin discriminación. El juego devuelve al hombre a su naturaleza universal, enseñándole a ser seres humanos y a hermanarlos con esa condición. El juego devela aquella equívoca concepción del trabajo como única forma de realización, ya que señala que la persona es mucho más y la vida también, como por ejemplo canción, música, imagen, símbolo, danza y otra infinidad de actividades de expresión artística. El Ocio y el juego (la vivencia lúdica), devuelven al hombre un mundo menos complicado, más cercano y comunicativo para cada cual, lo devuelven a la alegría de vivir. “la alegría del espíritu es lo que caracteriza al hombre liberado”. (Cuenca, 1998: 19).

De lo anterior, se da la relación del Ocio con la libertad –que es la segunda pauta. La experiencia o vivencia del Ocio, está relacionado necesariamente a la falta de obligatoriedad, a la voluntad de querer hacer algo y a la satisfacción que se experimenta al realizarlo. Es una libertad percibida y no condicionada, es una realización personal. El ejercicio de la libertad, la afirmación de una vida liberada de obligaciones y de la opresión del tiempo, no es otra cosa que la realización de un Ocio personal no manipulado. Un Ocio que crea un espacio donde las personas pueden entregarse a las cosas o a las personas de una forma desinteresada. Incluso, por qué no, acceder a ese espacio ideal donde se puede experimentar el enriquecimiento de la creación, donde se puede degustar la alegría de la belleza y conocer la realización del amor.

Con la tercera pauta, el autotelismo, se vuelve a la relación que hay entre el Ocio, los medios y los fines, a la noción de que el Ocio es un medio para descansar y recuperar fuerzas para la vuelta al trabajo. Actualmente el Ocio no se asume de esta manera, el Ocio no se justifica por el trabajo como el trabajo no se justifica por el Ocio. Ambos son ámbitos vitales del ser humano, si se quiere pueden ser complementarios pero no Inter–independientes. Como se sabe el trabajo es un medio para ganar el sustento y en el mejor de los casos servir a los demás y ser útil, en otras palabras el trabajo es la participación en la labor de producción social. En cambio el Ocio en su sentido

auténtico es un fin en sí mismo, busca la realización de algo sin pretender otra cosa a cambio. Esta disposición como fin en si mismo conlleva a ocuparse del sentido de la vida y el fin último de vivir.

Para alcanzar las anteriores pautas que conducen a ejercer un Ocio propio, Kriekemans afirma que previamente debe darse una formación humanista profunda que sería la cuarta pauta, ya que ella nos predispone de una mejor manera contra los embates de la publicidad, la avidez de las novedades y los peligros de una vida precipitada e irreflexiva. Esta formación no debe ignorar que actualmente el Ocio tiene un papel preponderante y que no es predominio de una sola dimensión, es decir, no es solo juego, cultura, fiesta o encuentro social. Debe formar en un Ocio pluridimensional, donde esté incluido lo físico, intelectual, estético y social. Además debe orientar hacia horizontes compartidos que lo alejen del egoísmo. Entendido así no se queda en lo meramente individual, ya que su legitimidad se reconoce en los otros. Es decir, aunque se ejerza en el individuo no se agota en él.

Finalmente, la vivencia humanista del Ocio es, o debiera serlo, una vivencia integral y relacionada con el sentido de la vida y los valores de cada uno, coherente con todos ellos, pero esto no ocurre porque sí, sino gracias a la formación. Un ser humano formado en esta concepción humanista, es capaz de transformar cada experiencia de Ocio en una experiencia de encuentro. Un encuentro que es una recreación que proporciona nuevas ganas de vivir. El encuentro hace que la persona se sienta inmersa en un ámbito propicio para su desarrollo personal, le hace sentir felicidad, alegría y libertad interior. Pero esto se logra solo si es posible formarnos en un Ocio que nombramos crítico y nos aproximado en su comprensión a reflexiones desde autores críticos Latinoamericanos en los que actualmente soportamos la construcción de un pensamiento de Ocio crítico latinoamericano.

REFERENCIAS

Aristóteles (2002). *Ética Eudemia*. España: Alianza Editorial S.A.

Bacón, Francis. (1626). *La nueva Atlántida*.

En: <http://www.scribd.com/doc/5870545/-La-nueva-Atlantida-Francis-Bacon>

Bruckner, Pascal (2001). *La euforia perpetua: sobre el deber de ser feliz*. España: Tusquets.

- Campanella**, Tommaso 1623 (1999). La ciudad del Sol. Barcelona: Abraxas.
- Cabet**, E. (1985). Viaje por Icaria. España: Orbis.
- Cuenca** Cabeza, Manuel (1995). Temas de Pedagogía del Ocio. Bilbao: Universidad de Deusto.
- _____ (1998). El Ocio como re-creación humana. Cuadernos de Ocio, 19: 7-26.
- Dumazedier**, J. (1964). Hacia una civilización del Ocio. España: Estela.
- _____. (1975). Sociología empírica del Ocio. Madrid: Editorial Nacional.
- _____ (1971). Realidades del Ocio e ideologías. En: Dumazedier J, Kaes R. Ocio y sociedad de clases. Barcelona: Fontanella. Pp.9-46.
- Elías** Norbert, **Dunning** Eric (1992). Deporte y Ocio en el proceso de la civilización. México: Fondo de Cultura Económica.
- Fénelon**, Francois de Salignat de La Mothe (1902). Las aventuras de Telémaco. España: Hijos de Santiago Rodríguez.
- Huxley**, Aldous (1932). Un mundo Feliz. España: Editorial de Bolsillo.
- Kriekemans**, A. (1973). La educación del empleo de los Ocios. En: Pedagogía General..Barcelona: Herder. Pp. 516-547.
- Lafargue**, Paul (2001). El derecho a la pereza (fragmento). Razón y Revolución, 7: 1-6.
- Molina** Bedoya, Víctor Alonso; **Ossa** Montoya, Arley Fabio; **Pinillos** García, Jesús María (2001). Didáctica contemporánea, motricidad comunitaria y ocio. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Moro**, Tomás (1516). Utopía. México: Porrúa.
- Morris**, William (1890). News From Nowhere. UK: Kelmscott Press.
- Pieper**, Josef (1962). El Ocio y la vida intelectual. Madrid: RIALP.
- Rul-Lan Buades**, Gaspar (1997). Del Ocio al neg-Ocio... y otra vez al Ocio. Papers, 53: 171-193.
- Skinner**, Burrhus Frederick (1978). Walden dos. España: Fontanella.
- Thoreau**, Henry David (2006). Walden. La vida en los bosques. España: Cátedra.
- Vaneigem**, Raoul (1996). Elogio de la Pereza refinada. Agitprov Editorial.
- Veblen**, Thorstein (1951). Teoría de la clase Ociosa. México: Fondo de Cultura Económica. 1899
- Waichman**, Pablo (2000). Tiempo libre y recreación. Un desafío pedagógico. Colombia: Kinesis.

Weber, Max (1984). La ética protestante y el espíritu del capitalismo Madrid: Editorial Sarpe.